

UN PERSONAJE DE PASOLINI PARA LA GRAN ANA

MAMMA ROMA

DESPUES de haber pasado dos años diciendo siempre que no, la Magnani ha dicho que sí. En los últimos tiempos, el cine la había desilusionado, pero ahora se siente seducida de nuevo por él al ofrecérsela un personaje creado para su propia medida. Como no es mujer que acepte algo con reserva, habla de ello con pasión —la mirada un poco apremiante—, de forma que no existan dudas sobre la autenticidad de las declaraciones. «Estoy excitadísima con la idea de este personaje», dice.

Charlamos durante un rato sobre esto en su casa, aun cuando ella puntualiza, con su habitual franqueza, que preferiría mejor hablar de otra cosa, aunque fuese de Fanfani. Tiene la cara blanca y los ojos y el cabello negrísimo. Dice: «Sentémonos aquí, espero que estaremos tranquilos.» Pero desaparece cada cinco minutos, vuelve a entrar con un enorme gato slamés en brazos; se va de nuevo gritando algo a la doncella, a la secretaria o a la perrita «Lillina», y cuando vuelve trastea con los vasos, el vodka, los cigarrillos. Dice: «Ya sabía que no iba a estar aquí el hielo.» Cuando, por fin, ha encontrado el hielo, va a recibir a Pasolini, a quien ha invitado a comer. Pasolini le pide tímidamente perdón por haber traído con él una media docena de conocidos comunes.

Pier Paolo Pasolini asiste a una prueba de los vestidos que Ana Magnani lucirá en su nueva película «Mamma Roma»



Otro momento de la prueba en casa. El

—Usted debe saber —dice en medio de este barullo, con el cigarrillo en la comisura de la boca sin carmín— que conmigo el público es muy exigente. Si me equivoco, no puedo rehabilitarme fácilmente con otra película, exhibiendo bellezas naturales; por eso soy prudente y no me importa dejar pasar dos años sin aceptar un papel. Cada vez, naturalmente, sale a relucir la historia de la Magnani con su carácter «imposibles».

En estos dos años los productores y los directores, aquí y en América, le han ofrecido en bandeja una decena de





rodaje de «Mamá Roma» empezará dentro de pocos días; Al lado de Anna Magnani trabajará Franco Citti, el protagonista de «Accattone», primer film de Pasolini

proposiciones. Garantías y cifras para establecer a su gusto visado de aprobación del nombre de los otros actores..., todo con la reserva que es necesaria cuando hay de por medio una actriz consagrada por un Oscar y tildada con una terrible reputación. Ella abría la puerta de su casa, escuchaba hasta el fin con paciente cortesía y luego respondía con una negativa.

De vez en cuando, en los periódicos, se leía que la Magnani había decidido olvidar el cine o que pensaba en el teatro. Ella dejaba hablar, encerrada en el silencioso ático sobre los tejados del

palacio Altieri, como si estuviese haciendo ejercicios espirituales.

Ahora, el privilegio de haberla atraído de nuevo ante una cámara corresponde a Alfredo Bini, que es el último llegado entre los productores italianos, y a un director como Pasolini, que únicamente, desde hace pocos meses, ha agregado a su calificación literaria un título cinematográfico. Dentro de pocos días Anna Magnani se pondrá los presuntuosos vestigios de una mujer que se retira de la mala vida y que pasa, por amor a su hijo, a un comercio más legal de frutas y verduras. Len-

guaje popular, ambiente de clases bajas y fondo de barrios bajos.

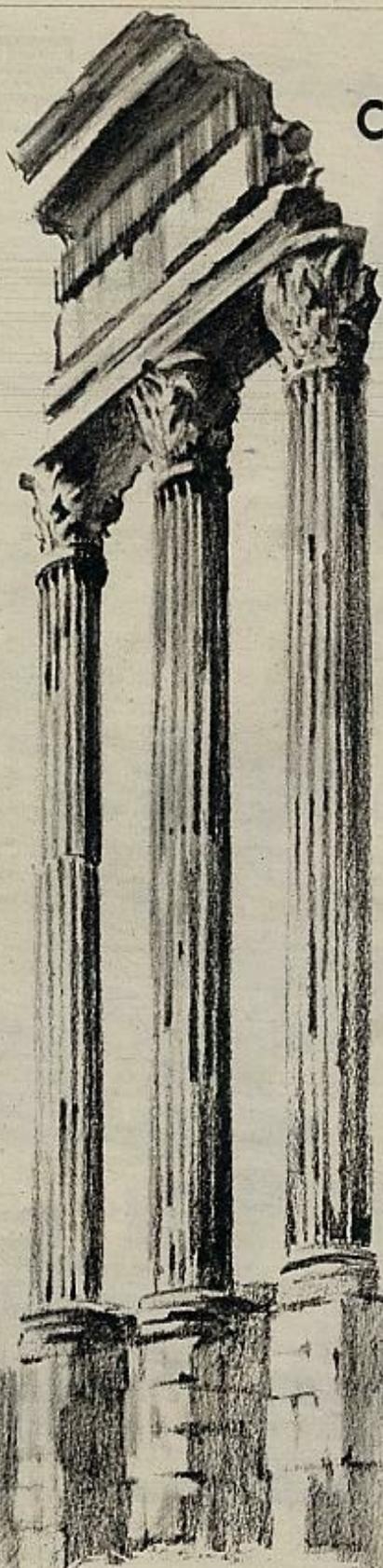
El personaje se llama, con un apodo probablemente auténtico, Mamá Roma. «Una pobrecilla llena de buenas intenciones, que trata de construir un camino para su hijo, con temor y esperanza —explica Anna Magnani—. Pero se equivoca por ignorancia y por culpa del ambiente.» Pasolini interviene para definir mejor las cosas: «Mamá Roma quiere rehacerse una vida con este muchacho que tiene diecisiete años; pero ¿qué sabe ella de la vida? Se aferra a patrones de la pequeña burguesía, por-

que también ella ve la televisión. Lo rehace todo del caos y la sociedad humillará a su hijo.»

Cuando se trata de colocar al hijo, también una mujer como Mamá Roma va, naturalmente, a casa de un sacerdote. «Yo podré intentar —dice el sacerdote— enviarle a algún taller como peón.» «Bueno. ¿Bromea usted, Padre? —protesta ella—. ¿Entonces, yo he traído al mundo un hijo para mandarlo a ser un peón? No, no; yo quiero para él un trabajo decente, un trabajo que pueda darle un porvenir.»

Como conoce bien los personajes ver-

CLASICA Y EXQUISITA



CESAR IMPERATOR



90°

LABORATORIOS SEGURA BARCELONA (ESPAÑA)



El personaje de «Mamma Roma» ha sido tallado por Pasolini sobre la medida de Ana Magnani, que se ha reconocido inmediatamente en él. La actriz ha aplazado los proyectos de volver al teatro. Esperaba poder interpretar en el Piccolo de Milán «Madre coraje», de Bertolt Brecht, con la dirección del famoso Giorgio Strehler

daderos de los que deduce los literarios. Pasolini había imaginado para el hijo de la Roma un destino adecuado. El muchacho tropieza con una banda de ladronzuelos sin una lira y, por un aparato de radio portátil que ha sido robado, acaba en la cárcel. Pero el trágico suceso ocurrió en Roma en los pasados días, en la plaza Navona, obligará quizá al escritor a revisar este pasaje del guión.

Estamos en un mundo un poco más insustituido que el que se describe en «Accattone». «No es la verdadera Roma del burgo —explica Pasolini—, sino más bien la de las barriadas de la Tiburtina o tras el Quadraro. Mamma Roma dejó su vida primera para poner un puesto en el mercado de Cecafumo.»

La historia empezó a surgir el año pasado, un día que Pasolini rodaba una escena de su primera película. Discutió en términos generales sobre ella con su productor y luego señaló a Ana Magnani, hablándole de un personaje que sólo ella podría interpretar. Podemos, pues, decir que luego la película fue escrita partiendo de un figurado argumento y sin esa fase intermedia que se llama «maduración». Un día del otoño pasado el escritor fue a esconderse en el Circeo y, en pocas semanas, salió el guión definitivo, como si hubiese sido una novela, solo dividiendo el texto en dos columnas; por una parte, la descripción escénica y en la otra el diálogo.

En doscientas diez páginas, la película se narra ahora como un libro; esto es tan cierto que un editor quiere editarlo tal y como está. Abrimos y hojeamos al azar el grueso volumen y leemos: «Fundido rápido. Cada vez más enojados y distancados, tragones y zafos, en sacrilega mezcolanza con los parientes tu-

multuosos de la esposa.» «Escalera de Casal Bertone. Interior, de día. Infinitas y maltratadas escaleras, con mill puerrecillas en los rellanos.»

Desde las primeras páginas se comprende que las escenas y diálogos hayan sido preparados pensando en esta actriz tan caracterizada. En el mercado de Cecafumo «Mamma Roma está en su puesto de frutas, ha llegado a ser un ídolo, un ídolo negro y desmelenado, en cuyo rostro se pinta la satisfacción.»

Hace solo un mes que Ana Magnani ha leído las doscientas cuartillas escritas a máquina, luego ha llamado a Bini: «Todo está bien. En cuanto a las condiciones quedan a su cargo.» Ahora explica las razones de su rápida decisión. «¿Usted ha visto «Accattone»? Bueno, pues yo creo que si uno, en la primera película de su vida, consigue escribir de ese modo con la cámara, como director ofrece todas las garantías.»

Desde un rincón, Pasolini devuelve inmediatamente el cumplido. «También esta será una película realizada casi en absoluto por intérpretes ocasionales. Sin embargo, Mamma Roma habría sido imposible descubrirla en la calle. No podría siquiera ser una actriz mediocre. Desde el principio, pues, no he pensado más que en Ana. En el cine de todo el mundo, a mi juicio, hay seis o siete actores verdaderamente grandes, nada más. Una es ella.»

Así, después de haber encontrado en América un comediógrafo como Tennessee Williams, que escribe dramas solo imaginándola como intérprete ideal, ahora Ana Magnani ha encontrado en Italia un escritor que ha puesto en escena toda una película, teniendo en la imaginación su cara y su temperamento.

«En el fondo —dice— esto demues-

tra que, a fuerza de esperar, llega una buena ocasión.» Otra buena ocasión se le había presentado el año pasado, cuando Giorgio Strehler vino a verla con un proyecto que habría enorgullecido a cualquier actriz. Había oído decir que la Magnani pensaba volver al teatro y él estaba allí, dispuesto con «Madre Coraje», de Brecht. «Escucha, Ana —le dijo—, desde hace diez años tenemos en el Piccolo este trabajo en el cajón; pero es una obra que en Italia solo puede ponerse en escena si tú quieres. Hasta ahora no has tenido tiempo; te escapaste a América, tenías que hacer películas en Roma y una temporada teatral es larga. Ahora, sin embargo, estás libre, tienes nostalgia del teatro y yo no quiero que se te pase.»

Parecía todo decidido. En cambio la Magnani ha tenido que renunciar, aun teniendo por delante todo el tiempo que hubiese sido necesario. «Ya se sabe cómo es Strehler. Sale de repente, parece un rayo, y luego se pierde tras otras cosas y va a otra parte; por tanto, adíós también a «Madre Coraje».»

Se comprende que, para ella, volver a la escena hubiera sido un suceso importante; claramente piensa en ello desde hace mucho tiempo: «Siempre hay nuevas tentaciones —dice—. Ese drama de Brecht, por ejemplo, me han propuesto que lo represente también en Broadway; pero, sinceramente, ¿podía aceptar? El inglés no es mi lengua. Esta es la única razón por la que he dicho que no a Tennessee, aun cuando es Tennessee y todavía hoy no escribe una nueva obra sin volver con la consabida proposición. Hace poco tiempo me han propuesto que haga «Fedra» en París. ¿No habría sido una locura? Imaginémoslo: la Magnani que repre-

senta a Racine en francés. En cambio me atrae otra idea: quisiera llevar la «Medea», de Anouilh, a Italia. ¿El próximo año? Quizá. Todos mis proyectos para el futuro resultan siempre vagos de un día a otro.»

Han pasado nueve años desde la última vez que apareció en un teatro, pero con un espectáculo de revista. «Lo hice por coraje. Acababan de proponerme una película sacada de una cancioncilla. Yo decidí la cantidad. Como si no fuese bastante, habría tenido que hablar en bolonés; entonces me divertía hasta la idea de hacer aquella revista. Por otra parte, adoro lo cómico.»

Elsa Morante, que hasta ahora ha permanecido sentada cerca de Pasolini, completamente envuelta en un abrigo de piel blanco, fumando y callando, la interrumpe sorprendida: «Pero si eres una actriz trágica. Tú tienes que hacer cosas serias, querida, papeles románticos.»

—«¡Virgen Santa! ¿Por qué? —salta la Magnani abriendo los ojos con un aire divertido—. Toma «Mamma Roma»: es un personaje también un poco grotesco. La historia está llena de notas cómicas, francamente. Yo me vuelvo una chiquilla, ya no sé qué hacer por aquel hijo. Le enseño hasta a bailar y, como no sé nada de los bailes de hoy, le enseño el tango, el tango como antes se bailaba, ¿comprendes?»

De repente, de su cara pálida y dramática, como una máscara, desaparece toda la melancolía. Su boca se abre en una carcajada imprevista y violenta. «¡Ah, Pedro Pablo, créeme! Si sale como quiero, haremos una gran escena con ese tango.»